

claro que "los estudiantes que no alcanzaran una calificación en conducta entre 4 y 5 no podían presentar exámenes de grado, y ese fue el caso de Tejada y sus compañeros" (pág. 37). Más que una anécdota o un descubrimiento de investigador, un dato como éste —que forma parte de una documentación completa y precisa como la que sostiene a este ensayo biográfico— se convierte en una garantía y en una de las maneras más serias de dar credibilidad a la investigación.

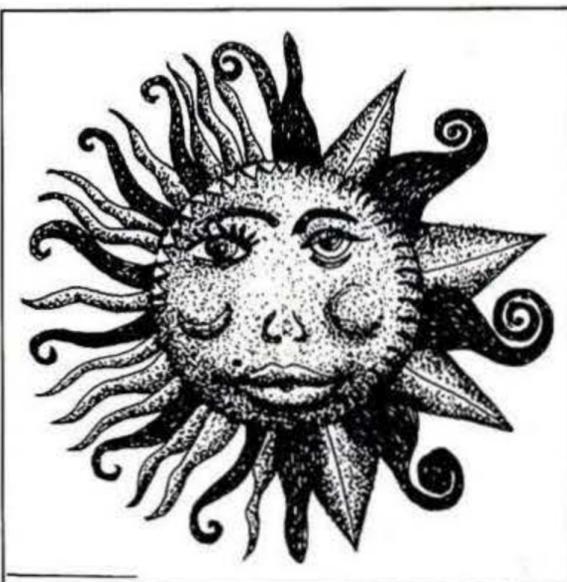
Por otra parte, la organización y la interpretación del material que recogió Gilberto Loaiza Cano son igualmente rigurosas. Antes de los once capítulos que componen el libro (distribuidos en dos partes) hay una interesante introducción en la que se exponen algunos de los problemas metodológicos que se le pueden presentar a quien pretenda escribir la biografía de un escritor.

A modo de justificación, Gilberto Loaiza Cano considera que debe haber, como mínimo, dos requisitos en una buena biografía: en primer lugar, "cada biografía, [...] responde a una omisión, a un olvido, es una reparación presuntamente científica ante los vacíos y distorsiones acumulados sobre la vida y la obra de un individuo" (pág. 13); en segundo lugar y retomando a Sartre, es indispensable "elegir arquetipos, paradigmas, individuos y obras ejemplares [...] un universal singular [...] universalizado por su época" (pág. 15).

Si evaluáramos el trabajo de Gilberto Loaiza Cano bajo estos parámetros, podríamos decir que no sólo se demuestra la importancia de Luis Tejada dentro del ambiente cultural que lo formó, sino que la vida y la obra del biografiado se convierten en elementos explicativos de fenómenos políticos, culturales y literarios de una época: "A partir de la vida de un intelectual nos aproximamos a las concepciones del mundo que se enfrentaron en las primeras décadas del siglo; a los movimientos de rebelión ética y estética; a la formación de núcleos de recepción de nuevas ideas políticas y artísticas; a las pugnas por el control de los medios de producción ideológica, a la oposición entre viejos y nuevos intelectuales. Es decir, la vida de un intelectual representó para nosotros la posibilidad de

reconstruir la vida intelectual de una época o, como diría Lucien Febvre, el 'clima moral' que la identificó" (pág. 21).

Y así ocurre a lo largo de todo el libro. Este movimiento del investigador entre las anécdotas explicativas de su personaje y el ambiente cultural de la época es permanente. En el capítulo seis, titulado "Retrato del guía de una generación intelectual", se hace una recreación del aspecto físico que traía Luis Tejada después que abandonara en marzo de 1921 a Medellín para dirigirse nuevamente a Pereira a reunirse con su familia. A primera vista, el capítulo pareciera ser puramente anecdótico. Sin embargo, Gilberto Loaiza Cano opone la figura del personaje a las figuras "solemnes y almidonadas de la generación del centenario" (pág. 116), dándole así al retrato que hace de Luis Tejada una dimensión explicativa. De esta manera, lo que en un comienzo es sólo una anécdota, se convierte en un elemento revelador de la posición ideológica del cronista frente a una determinada encrucijada histórica.



La organización del material de que forman parte estas anécdotas tiene, además, un eje que le da coherencia al texto; la búsqueda permanente de Luis Tejada de llenar un vacío interior que aumentaba, conforme crecía la visión práctica, capitalista e industrial de la sociedad antioqueña en particular. Gilberto Loaiza Cano logra dejar claro en la primera parte del libro que, frente al conflicto interno en que vivía Luis Tejada —que oscilaba entre la tradición y el cambio, entre lo anquilosado y lo nuevo en arte, entre los rigores de la escuela que promovía su padre y el ocio—, este escritor optó por la trans-

formación. Dice Luis Tejada: "Miro dentro de mí, y me hallo como un templo abandonado, donde los altares han sido derribados bruscamente y donde la maleza se alza sobre las ruinas desoladas [...] ¡Oh tormento el de este vacío angustioso, infecundo, que invade como una sombra de fatalidad nuestra juventud fragante!" (pág. 62). Ante este vacío se le presentaron a Luis Tejada dos opciones: "refugiarse en la seguridad y dulzura de las ciudades del pasado", o "buscar un mito movilizador que anunciara un futuro" (pág. 63). Tejada se decide por lo segundo y encuentra el mito en la utopía socialista.

La segunda parte del libro, titulada "Nuevo ideal", se centra en describir la inclusión de Luis Tejada en el socialismo y el comunismo (procurando llenar el vacío), y en plantear el proceso por medio del cual el biografiado busca arduamente y, hasta cierto punto, de una manera frustrada, abrir un espacio (para él y su generación) en medio de un ambiente en el que las generaciones anteriores —regeneracionistas y centenaristas— poseían casi todo el capital cultural y político.

Es probable que este texto de Gilberto Loaiza Cano sugiera una interesante lectura de la obra modernizadora de Luis Tejada, y sirva a la vez de guía para que el estudio de las crónicas de este escritor contribuya a esclarecer ciertos procesos históricos de nuestra literatura.

LEONARDO ESPITIA ORTIZ

"Arenosa colonial"

El Atlántico y Barranquilla en la época colonial

José Agustín Blanco

Ediciones de la Gobernación del Atlántico, Barranquilla, 1994, 216 págs.

Según palabras del autor, "el marco general y el trasfondo conceptual" de sus escritos pertenece a la geografía histórica. En efecto, la minuciosidad y profusión de detalles, sobre sitios, accidentes del terreno, topónimos y otras

noticias nos llevan por el camino que recorre el geógrafo en su quehacer, y por momentos parece que perdemos el contexto general del problema y nos quedamos en el pequeño poblado que se conforma o en el pleito de los vecinos que se niegan a abandonar su sitio de origen. No obstante, cada escrito del profesor José Agustín Blanco es una pieza maestra de investigación a fin de reconstruir paso a paso la historia colonial del poblamiento, la apropiación de la tierra y la modificación del paisaje del actual departamento del Atlántico, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, relatada con una meticulosidad que no encuentra parangón en otras historias regionales. La obra del doctor Blanco es una compilación de siete investigaciones sobre el departamento del Atlántico, algunas publicadas con anterioridad, preparadas entre los años 1972 y 1994 con base en documentos del Archivo Nacional (hoy Archivo General de la Nación). Escritas en diferentes momentos, no muestran una articulación general que dé una visión de conjunto del poblamiento, sobre todo a quienes no conocen la región, pero definitivamente constituyen bases insustituibles para integrar una obra global de la manera como se desarrolló el proceso en los siglos mencionados. Labor que, dice el autor, deja para que otros continúen.

Presentaremos los temas en el orden que trae la publicación.

El censo del departamento del Atlántico (partido de Tierradentro) en 1777

La política, ordenada por el virrey Eslava en 1740, de reordenamiento de la población de la provincia de Cartagena cambió el patrón de poblamiento de aldeas y viviendas dispersas a núcleos de población concentrados en sitios y pueblos y culminó con la reorganización definitiva del Partido de Tierradentro (hoy departamento del Atlántico). Para ello fue necesario realizar un censo de población. En forma pormenorizada el autor analiza el padrón realizado por el corregidor y justicia mayor Juan García Turín. Codifica la categoría de los lugares (sitios de blancos, pueblos de indios, asenta-

mientos de negros); el número de viviendas, de familias propietarias e inquilinas; la condición jurídica de las personas (vecinos, naturales, libres, esclavos, estado civil) y sus edades; los oficios de las gentes de Soledad y Barranquilla —las localidades más importantes—, comparándolas entre sí para determinar las actividades principales de las comunidades y sus necesidades. En Sabanalarga (cuarto sitio en importancia después de Sabanagrande) estudia la estratificación social de la población y llega hasta el detalle de informar sobre la conformación de las familias de acuerdo con las costumbres y el control social imperante. Menciona nombres y apellidos de fundadores, algunos de los cuales aún perduran. Más que de geografía parece un trabajo de demografía histórica.



Santa Ana de Baranoa: de pueblo de indios a parroquia de vecinos libres (1745)

Muestra el proceso de concentración de gentes dispersas y el desalojo en su beneficio de un antiquísimo grupo de indígenas que debieron trasladarse de Baranoa a otro lugar para organizar en sus tierras una parroquia de libres. Exa-

mina tres aspectos fundamentales: los motivos que hubo para efectuar la concertación; la manera como se sucedieron los acontecimientos; y los resultados prácticos producidos que afectaron profundamente a quienes tuvieron por fuerza que mudarse. Con la minucia que le es propia, estudia el proceso traumático que sufrieron los indígenas, agrupados en 39 familias, que tuvieron que dejar la tierra de sus antepasados para irse a Galapa y la historia de 135 familias de gentes libres de variado origen que venían de tiempo atrás apoderándose del terreno de los indios. Para ellos la cosa tampoco fue fácil. Muchos se avinieron al nuevo esquema, pero otros se rebelaron abiertamente, como los del Sitio de Polo Nuevo, que nunca salieron de allí. El escrito es profuso en detalles y documentos que pueden resultar algo pesados para el lector extraño a la región, pero es una muestra bien indicativa de los sistemas y la pauta de apropiación y colonización del territorio por parte de los españoles, que con seguridad se dio en otras partes.

Algunos aspectos sociales y económicos de la Barranquilla colonial

Es un escrito ameno y de fácil lectura que muestra el profundo conocimiento del autor sobre Barranquilla. Cuando escribió este ensayo, su obra cumbre sobre la ciudad ya estaba completa pero aún inédita (*El norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla*, Bogotá, Banco de la República, 1987). Presenta los aspectos étnicos que conformaron la población —que no tuvo fundación española— cuyos núcleos germinales fueron el pueblo de indios de Camacho, la hacienda San Nicolás y los hatos establecidos en el área. Esboza el perfil urbanístico del Sitio, compuesto en 1777 por un conjunto de 160 viviendas de bahareque con techo de palma o de enea, agrupadas en manzanas, y otras construcciones, como la iglesia y la cárcel. Su condición de pueblo ribereño marcó el desarrollo del caserío, que debió acomodarse a los rasgos topográficos e hidrográficos del terreno, “caños y ciénagas, lomeríos y orientación de los arroyos provenientes en general del occidente del paisaje” (pág. 113).

El aspecto económico muestra a un pueblo de gentes activas y vitales dedicadas a la ganadería, las artesanías, el comercio fluvial —actividad en la cual se esmeraban en la atención del pasajero, su equipaje y su carga— y que empezaba a generar una incipiente actividad financiera manejada por prestamistas y negociantes de plata al interés. El contrabando, como en toda la región caribeña, participaba con su cuota en la economía.



Mujeres en la agricultura colonial del departamento del Atlántico

En momentos en que las historias de género despiertan especial interés, la participación de las mujeres en la génesis del departamento no podía faltar. Las primeras, las “indias agricultoras” que sembraban yuca dulce, maíz y auyama, cuyos vestigios se encontraron en los yacimientos arqueológicos estudiados por notables investigadores (Angulo Valdés y Reichel Dolmatoff). Posteriormente vinieron las encomenderas: Ana Ximenes, de Cartagena, quien recibió la encomienda de Tocaagua-Misahar, en cuyos campos trabajó la india Uniru. María Carrillo, “dos veces viuda”, poseedora de Cipacua, una de las más importantes mercedes de tierras en donde “la india Catalina de Quintanilla con muchas decenas de sus hermanas aborígenes laboraba en los maizales del tributo y los yucales...” (pág. 26). La sucedió en parte de sus tierras Marina de Vargas, también viuda, oriunda de Santa Marta, quien por más de 20 años trabajó personalmente un terreno que compró sobre el mismo camino de Malambo viejo. Teresa Cotrina, otra viuda, en esta lista de

mujeres de “carga y silla”, era dueña de las tierras en donde, en 1620, empezó a formarse el sitio de Sabanagrande; también era agricultora. Otras mujeres cuyas historias no se conocen dejaron sus nombres a la tierra que cultivaban o poseían. Tal es el caso de la Sabana de Doña Luisa, que trabajaba Marina de Vargas, o el corregimiento de Isabel López, que existe en el municipio de Sabanalarga. Durante el siglo XVIII aparecen más hacendadas: María Gertrudis Castillo de Altahona, viuda del penúltimo encomendero de Galapa, que manejó la tierra que le legara su esposo, hasta 1715, fecha en que vende a 20 vecinos de La Barranquilla. Entre ellos, tres mujeres. En 1746, Rita Jiménez hereda la gran hacienda El Carmen. Continuó con el negocio, pues 31 años más tarde, en 1777, figura aún como propietaria. Josefa Marcelina de Madrigal y Valdés, en tierras al occidente de Tierradentro, poseía hacienda de ganado y trapiche que manejaba con cuadrillas de esclavos. Es un interesante y original relato, porque muestra un aspecto desconocido hasta ahora en la historia de la Costa.

Dos haciendas del siglo XVII en la provincia de Cartagena

Aquí es donde mejor se aprecia el proceso de construcción de la geografía. El escrito tiene como objetivo mostrar, a través de la historia de dos haciendas, la variación del terreno y la localización de los lugares durante el transcurso histórico. Se trata de Nuestra Señora de Alta Gracia de Majagual y San Nicolás de Tolentino, establecidas hacia 1627-1629, por Nicolás de Barros y de la Guerra, “Alcalde Ordinario de Cartagena”. Situada la primera cerca de Cartagena, principal núcleo de consumo, y la segunda al doble de distancia de la ciudad. Mientras Majagual se comunicaba con la plaza fuerte por vía marítima, San Nicolás lo hacía por tierra “con un mayor margen de seguridad para gentes y artículos de comercio”. Poderosos factores de orden natural y humano han resultado en situaciones diametralmente opuestas. En 1830 sólo quedaba El Majagual, diminuto caserío del municipio de San Onofre, en el departamento de Sucre,

mientras que San Nicolás albergaba a cerca de 4.000 habitantes y es hoy la ciudad de Barranquilla.

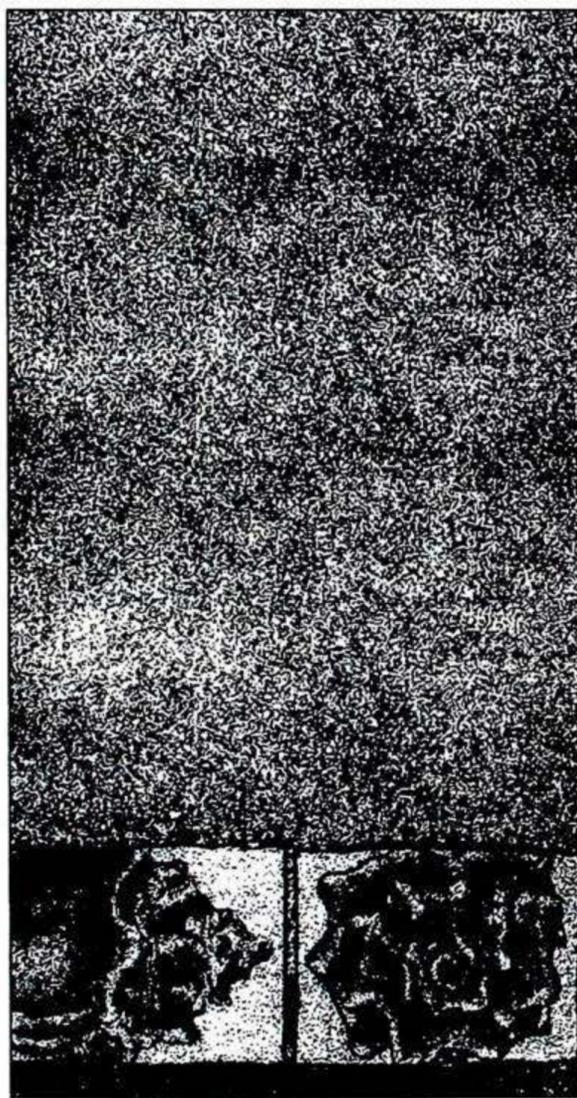
La historia de los encomenderos de Majagual, entre quienes figura la viuda Marina de Vargas, antes mencionada, muestra el uso que se le dio a la tierra: salinas, ganado, cultivos de yuca y maíz, trabajo y explotación del indígena hasta casi su extinción y posterior sustitución de mano de obra por esclavos africanos. División de herencias y pleitos de tierras fueron atomizando la propiedad, que sufrió sus últimos remates en 1830 y 1848. San Nicolás, en cambio, a la vera del río, progresó en el negocio de ganado y cría de cerdos. Sus sucesivos dueños supieron mantener la unidad empresarial y aumentaron los servicios, fundando a orillas del río una barranquilla, que servía como puerto de embarque y paso de pasajeros. Factores geográficos, sociales y políticos marcan diferencias en el manejo y desarrollo de ambas propiedades y abren campos de investigación que el autor deja a futuros investigadores, como es la apertura de rutas terrestres para evitar a los piratas, que significaron la colonización de los Montes de María, en donde se fundó María la Alta, hoy Carmen de Bolívar, y María la Baja, hoy Maríalabaja. Todo lo cual se enlaza con el establecimiento de palenques de negros cimarrones que aislaron por tierra a Majagual de Cartagena.

De los relatos analizados es tal vez el que muestra con mayor claridad la manera como el hombre se apropió del terreno físico, lo transformó y construyó un nuevo paisaje.

San Luis Beltrán en la historia y en la geografía del departamento del Atlántico

La relación de San Luis Beltrán con la geografía del Atlántico es bien interesante. El santo fue de los primeros curas doctrineros que llegaron a la parroquia de Cartagena en 1562, cuando hacía escasos 30 años que se había fundado la ciudad. El recorrido del dominico da oportunidad al geógrafo para descubrir los caminos de penetración en Tierradentro y el establecimiento de las primeras encomiendas, algunas otorgadas por el propio Pedro de Heredia a

sus allegados, quienes por ello debieron comprometerse a establecer doctrinas y pagar curas que se encargaran de evangelizar a los indios. Documentos de 1551 a 1610, procedentes del Archivo Nacional (hoy Archivo General de la Nación), informan sobre los primeros repartimientos y pueblos de indios otorgados en Tierradentro: Malambo (Viejo) en 1551; Baranoa, Usiacurí, Cipacua y Tubará, en donde trabajó el Santo; Galapa y Saco. Pero además estudia las rutas por donde transitó san Luis hasta llegar a Tenerife, a orillas del Magdalena, en la provincia de Santa Marta. Es posiblemente el estudio en que se citan las noticias más antiguas acerca del departamento, la actuación de encomenderos y doctrineros y algunas costumbres indígenas.



Notas sobre el origen de Isabel López

Las notas sobre el origen de Isabel López, como su nombre lo indica, son apuntes que buscan una explicación al proceso formativo de una importante porción geográfica situada en el centro del departamento. No describe el autor el origen exacto del sitio, pero plantea interesantes hipótesis que dan

pie a un trabajo posterior de investigación, no solamente sobre el sitio objeto del artículo, sino sobre otros más que aún subsisten.

ADELAIDA SOURDÍS NÁJERA

Gracias, México

Un día-poemas sintéticos

José Juan Tablada

Imprenta Bolívar, Caracas, 1919, 104 págs.

Entre febrero y mayo de 1919 vivía en Colombia el poeta mexicano José Juan Tablada, nacido en 1871. Tengo la certeza de esas fechas porque uno de sus libros más sugestivos y renovadores, titulado *Un día-poemas sintéticos*, aparece fechado así: "La Esperanza-Colombia", en los meses mencionados.

Tablada, quien en 1900 había estado en el Japón, dedica el libro a las sombras amadas de la poetisa Shiyo y el poeta Basho, y logra con este brevísimo volumen inaugurar la tradición del haiku, el breve poema-centella oriental, en lengua española. Escribía así Tablada, después de admirar las montañas de Colombia:

de los Andes van veloces

Las Nubes

*de montaña en montaña
en alas de los cóndores.*

Tablada, con una visión original, nos descubría nuestro propio paisaje, en ese descenso de Bogotá a tierra caliente, para ir a temperar, como entonces se decía, al hotel de La Esperanza. Allí, en ese libro decisivo de la vanguardia en español, como bien lo ha señalado Octavio Paz, se acumulan las referencias explícitas a la realidad colombiana, como cuando en otro de sus poemas dice:

Mariposa nocturna

*a la niña que lee María
tu vuelo pone taciturna.*

y muchas otras alusivas a esa naturaleza pródiga que caracteriza nuestro me-

dio ambiente, del cámbulo al chirimoyo, también dibujados, con sutil finura, en cada una de las tres pinceladas verbales con que Tablada los fija en la página.

El libro, publicado en Caracas, tiene un complemento, un libro hermano, *El jarro de flores* (1922), donde la presencia de Colombia subsiste con fuerza, ya sea recordando directamente el hotel La Esperanza, con estos tres versos:

*En un mar de esmeralda
buque inmóvil
con tu nombre por ancla,*

fechados en Bogotá (Colombia), lo mismo que otro, también fechado aquí y denominado *La Guacharaca*:

*¿Asierran un bambú en el
/guadual?
¿Canta la guacharaca?
Rac...Rac...Rac*

para terminar con este *Drama mínimo*, donde dirigiéndose "a un crítico" dice, quizá por alguna incomprensión estética, lo siguiente:

*Crítico de Bogotá:
¿Qué sabe la rana del pozo
del cielo y del mar?*

Quería traer a cuento este feliz antecedente, para mostrar cómo la relación cultural entre México y Colombia siempre ha sido fecunda. En la generación de Germán Arciniegas, las figuras de José Vasconcelos y Carlos Pellicer, agregado estudiantil de la embajada de México en Colombia, trazaron elocuente influjo, trátase del papel reformista del estudiante universitario, trátase de la exaltada apreciación lírica de la figura del Bolívar.

Tal herencia continúa con la presencia de Gilberto Owen en Bogotá, quien ya en el terreno de las artes plásticas publicó una monografía sobre Ignacio Gómez Jaramillo y escribió una de las notas pioneras, y más agudas en su análisis, sobre Alejandro Obregón.

Con Ignacio Gómez Jaramillo, como con Pedro Nel Gómez, o Jorge Elías Triana, residentes en México, nos situamos de lleno en el mundo de los colom-